

JNANA YOGA

EL CAMINO DEL CONOCIMIENTO

SWAMI VIVEKANANDA



JNANA YOGA

EL CAMINO DEL CONOCIMIENTO

DISCOVERY PUBLISHER

Título original: «Jnana Yoga: The Path of Knowledge»
2014, Discovery Publisher

Para la edición española:
©2016, Discovery Publisher
Todos Derechos Reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en forma alguna, ni en ningún medio electrónico o mecánico incluidos medios de almacenamiento de información o sistemas de recuperación de datos, sin el permiso escrito de la editorial.

Autor: Swami Vivekananda
Traducción: Mariana García Naranjo, Helena Martín Gallego
Traducción: Pedro José Barrios Rodríguez

DISCOVERY PUBLISHER



616 Corporate Way, Suite 2-4933
Valley Cottage, New York, 10989
www.discoverypublisher.com
livres@discoverypublisher.com
facebook.com/DiscoveryPublisher
twitter.com/DiscoveryPB

New York • Tokyo • Paris • Hong Kong

TABLA DE CONTENIDO

Los Cuatro Caminos para la Realización Espiritual	1
I: El Camino del Conocimiento	4
II: El Camino del Conocimiento de Sí	4
III: El Camino de la Acción Desinteresada	4
IV: El Camino de la Devoción	6
Jnana Yoga: El Camino del Conocimiento	9
Capítulo I: La Necesidad de la Religión	11
Capítulo II: La Auténtica Naturaleza del Ser Humano	25
Capítulo III: Maya e Ilusión	43
Capítulo IV: Maya y la Evolución del Concepto de Dios	59
Capítulo V: Maya y Libertad	73
Capítulo VI: El Absoluto y Su Manifestación	85
Capítulo VII: Dios en Todo	99
Capítulo VIII: Realización	111
Capítulo IX: Unidad en la Diversidad	131
Capítulo X: La Libertad del Alma	145
Capítulo XI: El Cosmos (El Macrocosmos)	159
Capítulo XII: El Cosmos (El Microcosmos)	169
Capítulo XIII: Inmortalidad	183

Capítulo XIV : El Atman	195
Capítulo XV : El Atman : Sus Ataduras y Su Libertad	211
Capítulo XVI : El Ser Humano Real y El Aparente	221

LOS CUATRO CAMINOS PARA LA
REALIZACIÓN ESPIRITUAL

Los habitantes del subcontinente indio llevan practicando desde tiempos ancestrales disciplinas espirituales cuyo propósito consiste en liberar la mente y alcanzar un estado de consciencia serena y libre de ataduras. El conjunto de estas prácticas que pretenden desarrollar este estado de equilibrio, pureza, sabiduría y paz interior se conoce como yoga. Esta palabra significa «acoplamiento» o «unión», en referencia a la unión con el Yo superior, que es el objetivo descrito en los «Upanishads».

Los sabios distinguían cuatro tipos básicos de personas y desarrollaron prácticas de yoga adaptadas a cada uno de estos tipos con el objetivo de que cada hombre pudiese alcanzar la deseada unión con el Yo superior.

- Para las personas racionales, existe el Camino del Conocimiento.
- Así, para las personas meditativas, existe el Camino del Conocimiento de Sí.
- Para las personas activas por naturaleza existe el Camino de la Acción Desinteresada.
- Para las personas emocionales existe el Camino de la Devoción¹.

I. El camino del conocimiento

— *El Jnana yoga*

Consiste en intentar encontrar la identidad del «Brahman / Atman» estudiando los Vedas (los textos sagrados de la tradición hindú) y contemplando el Yo :

Tras negar [la identidad del individuo con su cuerpo, sus sentidos y su mente] por medio del «no esto, no aquello» la única consciencia que queda es: esto es lo que soy [...].

El pensamiento «¿Quién soy yo?» destruirá cualquier otro pensamiento y, al igual que un palo usado para remover las brasas, terminará por autodestruirse. En ese instante surgirá la realización del Y.

— *Living Religions, 81*

II. El camino del conocimiento de Sí

— *El Raja yoga*

Existen varias prácticas —como las descritas en los Yoga sutras de Patanjali o la práctica más reciente conocida como Kundalini —que se centran en ciertas técnicas cuya finalidad radica en llevar la mente a un estado de extrema concentración conocido como el Samadhi, en el que se alcanza la unión con lo Absoluto. Estas técnicas consisten en adoptar determinadas posturas físicas, en controlar la respiración, en mantras y en la visualización.

Las palabras y el lenguaje no bastan para describir tal estado de exaltación...La mente, el intelecto y los sentidos dejan de funcionar... Se trata de un estado de felicidad y sabiduría eternas. Toda dualidad desaparece por completo. Todo lo visible se confunde con lo invisible o con lo ininteligible. Lo único que se contempla es la propia alma.

— *Living Religions, 80*

III. El camino de la acción desinteresada

— *El Karma yoga*

El Karma yoga se basaba originalmente en el Varnasrama dharma, es decir, en llevar a cabo acciones de acuerdo con los deberes (dharma) propios de la casta de una persona (varna) y de su etapa de la vida (asrama). Actuando según los principios del Varnasrama dharma, la persona podrá atravesar progresivamente las cuatro etapas de la vida (estudiante, cabeza de familia, ermitaño y renunciante) hasta la liberación final del ciclo del renacimiento (moksha), aunque este proceso requiera varias vidas para ser completado.

No obstante, en el Bhagavad Gita, Krishna redefine el Karma yoga combinándolo con la idea fundamental del Jnana yoga, — es decir la identidad final del Yo individual (Atman) y del Yo universal (Brahman) —, llegando a la conclusión de que *es lo absoluto lo que realiza todas las acciones*. Por esta toma de consciencia, el individuo es capaz de realizar una acción *sin ningún interés en su resultado y sin ninguna sensación personal de don*. Renunciando al apego derivado de una acción, el individuo alcanza la liberación de sí mismo en el mismo medio de trabajo:

Yo estoy presente en todo el universo en mi forma no manifiesta. Todos los seres existen en mí, y aún así, no dependo de ellos. ¡Contemplad el misterio de mi condición sublime! [...] Los ignorantes no reconocen más allá de las apariencias físicas mi naturaleza verdadera como Señor de toda la creación. Estos seres borrachos de ilusión están carentes de conocimiento; sus vidas están plagadas de desastres y perversiones. Vanas son sus esperanzas e igualmente vanas son sus acciones [...]. Solo las grandes almas reconocen mi divina naturaleza. Tras concebir que yo soy la fuente eterna de donde surge todo, me adoran con todo su ser. Luchan constantemente, con fuerte determinación y me adoran sin dudas. Rebosantes de devoción, cantan a mi divina gloria [...]. Yo acepto cualquier ofrenda que un corazón puro me haga, ya sea una hoja, una flor, una fruta o incluso agua: acepto todo lo que me haya sido ofrecido por amor. Cualquier cosa que hagáis, ofrén-

demela a mí. La comida que comas, los sacrificios que realices, la ayuda que ofrezcas e incluso los sufrimientos que vengan a tu vida. De este modo te habrás liberado de las ataduras del Karma, tanto si sus frutos son buenos como si son malos. Perseverando así en la renuncia y en el yoga, serás libre y vendrás a mí. Yo considero a todos los seres iguales, no me inclino por ninguno. Pero los que me adoran con amor viven en mí y vengo al mundo en ellos [...]. Todos los que buscan en mí su refugio, sin importar su origen, raza, sexo o casta, alcanzarán la meta suprema; esta meta pueden alcanzarla incluso los despreciados por sus entornos [...] En consecuencia, puesto que has nacido en un mundo vacío y transitorio, entrégame todo tu amor. Llena tu mente de mi persona, ámame, sírvenme, adórame siempre. Búscame en tu interior y vendrás a mí.

—*Anthology of Living Religions*, 66–68 (*Bhagavad Gita*, C.9); cf. BG/9

IV. El camino de la devoción

—*El Bhakti yoga*

El Bahkti yoga está estrechamente ligado a la noción del Karma yoga expuesta en el Bhagavad Gita, pues precisamente realizando una acción con un espíritu de devoción hacia Krishna (más que como un medio para generar un karma favorable para el individuo, ya sea en esta vida o en la futura) la persona consigue liberarse del ciclo del renacimiento. Esta devoción se manifiesta en un sentimiento de amor intenso hacia Dios que se experimenta a menudo en la poesía o en la música, como la ofrenda siguiente de Mirabai:

*Sin Krishna no puedo dormir.
Torturada por la envidia no puedo dormir,
Y el fuego del amor
Me lleva errante de un lado a otro.
Sin la luz de mi Amado
Mi hogar está en penumbra,
Y las lámparas no son suficientes.*

*Sin mi Amado mi lecho está frío,
 Y paso las noches en vela
 ¿Cuándo volverá mi Amado?
 ... ¿Qué he de hacer? ¿Adónde ir?
 ¿Quién puede aliviar mis penas?
 Mi cuerpo fue mordido
 Por la serpiente de la «ausencia»
 Y mi vida se evapora
 Con cada latido de mi corazón
 ... Mi Señor, ¿cuándo vendrás
 a buscar a tu Mira?
 ... ¿Cuándo, Mi Señor?
 ¿Vendrás a reír y a hablar conmigo?*

—*Anthology of Living Religions*, 79

Dado que el Bhakti yoga es más fácil de practicar que el Raja yoga o el Jnana yoga, se presenta como la modalidad más extendida entre los hindúes. Sri Ramakrishna describe con belleza sus atractivos en la siguiente cita :

Mientras el «Yo» perdure, la consciencia verdadera y la Liberación son imposibles... [No obstante], ¿cuántos pueden alcanzar esta Unión [Samadhi] y liberarse ellos mismo de este «Yo»?

Es verdad que unos pocos pueden deshacerse del «Yo» por medio del samadhi, pero estos casos son muy raros. Puedes entregarte a miles de razonamientos, pero el «Yo» todavía vuelve. Puedes cortar el aswattha hasta la misma raíz hoy, pero mañana notarás que de la raíz está saliendo un brote. Por lo tanto, si el «Yo» tiene que quedar, deja que el canalla quede como el «Yo» servidor².

—*Living Religions*, 83

1. N. del T. : Todas las partes de este pasaje que han sido marcadas en letra itálica son traducciones propias del traductor.
2. Traducción extraída de: Mahendranath Gupta. El evangelio de Ramakrishna. Vol. I. Buenos Aires : Kier 1977.

JNANA YOGA

EL CAMINO DEL CONOCIMIENTO

Capítulo I

La Necesidad de la Religión

Londres

De entre todas las fuerzas que han contribuido y aún contribuyen a moldear el destino de la raza humana, sin duda alguna, ninguna es más poderosa que la manifestación que llamamos religión. Todas las organizaciones sociales tienen como origen, en algún punto, el funcionamiento de esta peculiar fuerza y de tal fuerza, deriva el mayor de los impulsos cohesivos que jamás ha entrado en juego entre asociaciones humanas. Es obvio para todos nosotros que en muchas ocasiones los lazos religiosos han demostrado ser más fuertes que los raciales, los de entorno o incluso los de parentesco. Es un hecho conocido que fieles de un mismo dios, creyentes de una misma religión, se han apoyado mutuamente con mucha mayor resistencia y lealtad que personas que simplemente proceden del mismo linaje, incluso en el caso de hermanos. Se han producido varios intentos de localizar los orígenes de la religión. Todas las religiones antiguas que han llegado a nosotros al día de hoy, reivindican su condición de sobrenaturales: su génesis no tiene lugar, por así decirlo, en el cerebro humano, sino en alguna otra parte fuera de este.

Dos teorías han ganado la aceptación de los eruditos modernos. Una de ellas es la teoría espiritual de la religión; la otra es la evolución de la idea de lo infinito. Unos sostienen que el origen de las ideas religiosas reside en el culto ancestral; otros sostienen que la religión tiene sus orígenes en la personificación de los poderes de la naturaleza. El hombre quiere mantener viva la memoria de sus parientes muertos que, según cree, continúan viviendo incluso cuando el cuerpo ha muerto, y quiere

colocar comida para ellos y, en cierto modo, adorarlos. De aquí proviene lo que llamamos religión.

El estudio de las religiones antiguas de egipcios, babilonios, chinos y muchas otras razas de América y de otras partes del mundo, revela claros indicios de este culto ancestral como el origen de la religión. Para los antiguos egipcios, la primera idea del alma fue la de ésta como doble: todo cuerpo humano contenía en su interior otro ser muy parecido a él, y cuando un hombre moría, este doble salía del cuerpo y continuaba viviendo. Sin embargo, la vida del doble se prolongaba solo mientras el cuerpo inerte permaneciese intacto, y de ahí que encontremos entre los antiguos egipcios tanta diligencia por conservar el cadáver en perfecto estado, y la razón por la que construyeron aquellas enormes pirámides en las que preservaban los cuerpos. Así, si una parte del cuerpo sufría algún daño, el doble sufriría a su vez el daño correspondiente. Nos hallamos frente a un claro caso de culto ancestral. En el caso de los antiguos babilonios encontramos la misma idea de doble, pero con una variación: el doble perdía toda noción de sentimiento; conseguirles comida y bebida, y ayudarlos de varias maneras asustaba a los vivientes. Perdía incluso todo sentimiento por sus propios hijos y esposa. También, en el caso de los antiguos hindúes encontramos vestigios de este culto ancestral. En el caso de los chinos, también puede decirse que la base de su religión es el culto ancestral, el cuál continúa impregnando a lo largo y a lo ancho el vasto país. De hecho, se puede realmente decir que la única religión que florece en China es la del culto ancestral. Por lo tanto, parece que aquellos que sostienen la teoría del culto ancestral como el origen de la religión se encuentran bien posicionados.

Por otra parte, hay eruditos que desde la antigua literatura aria muestran que la religión tuvo sus orígenes en el culto a la naturaleza. Si bien en India encontramos por todas partes indicios del culto ancestral, en los documentos más antiguos no hay huella alguna de ello. En el Rigveda Samhita, el documento más antiguo de la raza aria, no encontramos registro alguno. Los eruditos modernos creen más bien encontrar en él el culto a la naturaleza. La mente humana parece esforzarse por echar un vistazo más allá del paisaje. El amanecer, el atardecer, el huracán, las

extraordinarias y colosales fuerzas de la naturaleza, sus atractivos; han ejercido la mente humana, que aspira a ir más allá para comprender algo acerca de ellos. En este esfuerzo, la mente humana dota atributos personales a estos fenómenos, les atribuye almas y cuerpos, en ocasiones hermosos, en otras trascendentales. Toda tentativa culmina en la conversión de estos fenómenos en abstracciones, sean estas personalizadas o no. Esto se manifiesta también en el caso de los antiguos griegos, cuya mitología consiste, en su totalidad, en la mera abstracción del culto a la naturaleza. Así ocurre también en el caso de los antiguos germanos, escandinavos y en el resto de las razas arias. Por lo tanto, la perspectiva de que la religión tiene su origen en la personificación de los poderes de la naturaleza también cuenta con argumentos sólidos.

Estos dos puntos de vista, si bien parecen contradictorios, pueden reconciliarse en un tercer fundamento que es, en mi opinión, el auténtico germen de la religión, y que propongo denominar la lucha por trascender las limitaciones de los sentidos. Ya sea que el hombre va al encuentro de los espíritus de los ancestros, de los difuntos; es decir, que quiera hacerse una idea de lo que hay una vez que el cuerpo ha muerto, o bien, que pretenda entender la fuerza que se esconde detrás de los extraordinarios fenómenos de la naturaleza. Sea cual sea el caso, algo es seguro: el hombre intenta trascender las limitaciones de los sentidos. No se da por satisfecho con ellos; quiere ir más allá. La explicación no ha de ser necesariamente misteriosa. Me parece lógico que el primer atisbo de religión tenga como origen los sueños. Bien puede ser que el hombre conciba la primera idea de inmortalidad a través de los sueños. ¿Acaso no es este un estado de lo más maravilloso? Además se sabe que los niños y las mentes iletradas no encuentran casi diferencia alguna entre el estado de sueño y el de vigilia. ¿Qué podría ser más natural que el hecho de que a ellos les parezca lógico que cuando sueñan y el cuerpo está aparentemente muerto la mente continúa con todo su complejo funcionamiento? ¿Qué hay de sorprendente en el hecho de que los hombres lleguen a su vez a la conclusión de que cuando el cuerpo muere para siempre el mismo funcionamiento continuará? Esto sería en mi opinión una explicación más natural de lo sobrenatural, y

a través de esta idea de sueño la mente humana alcanza concepciones cada vez superiores. Por supuesto, con el tiempo, la vasta mayoría de la humanidad descubriría que su estado de vigilia no constataba sus sueños, y que durante el sueño el hombre no experimenta una nueva existencia, sino que simplemente recapitula las experiencias del estado de vigilia.

Sin embargo, para entonces la búsqueda ya había comenzado, una búsqueda hacia el interior; el hombre árido continuó indagando con mayor profundidad los diferentes estados de la mente y descubrió estados superiores diferentes al estado de vigilia o al del sueño. Encontramos este estado de las cosas en todas las religiones organizadas del mundo, ya lo llamen éxtasis, ya lo llamen inspiración. En todas las religiones organizadas, sus fundadores, profetas y mensajeros han asegurado experimentar estados de la mente, diferentes del estado de vigilia y del estado de sueño, en los que se encontraron, frente a frente, con una nueva serie de hechos relacionados con lo que se conoce como el reino espiritual. En estos estados constataban realidades de una manera mucho más intensa de lo que percibimos las realidades de nuestro entorno en el estado de vigilia. Tomemos por ejemplo las religiones de los brahmanes. Se dice que los Vedas fueron escritos por los rishis, sabios que constataron ciertas realidades. La definición exacta de la palabra sánscrita *rishi* es vidente de mantras; es decir, de los pensamientos transmitidos en los himnos védicos. Estos hombres afirmaron haber constatado, percibido, si es que esta palabra puede utilizarse en lo relativo a lo ultrasensible, ciertas realidades que procedieron a recoger por escrito. Encontramos la misma realidad declarada tanto en el caso de los judíos como en el caso de los cristianos.

Se podrían hacer algunas excepciones en el caso de los budistas del sur. Se preguntará: si los budistas no creen en ningún dios o espíritu, ¿cómo puede su religión derivarse del estado ultrasensible de la existencia? La respuesta es que incluso los budistas cuentan con una ley moral eterna, y esta ley moral eterna no fue razonada tal y como concebimos nosotros esta actividad, sino que Buda la encontró, la descubrió en un estado ultrasensible. Todo aquel que haya estudiado la vida de Buda, incluso como se resume brevemente en aquel hermoso poema, *La Luz*

de Asia, recordará que Buda se representa sentado bajo el árbol de Bodhi hasta alcanzar tal estado ultrasensible de la mente. Es de aquí de donde provienen todas sus enseñanzas, y no de reflexiones intelectuales.

Por lo tanto, todas las religiones hacen la misma formidable declaración: la mente humana, en ciertos momentos, trasciende no solo las limitaciones de los sentidos, sino también la capacidad de razonamiento. Entonces, se encuentra cara a cara con realidades que nunca podría haber percibido, que nunca podría haber razonado. Estas realidades constituyen el fundamento de todas las religiones del mundo. Tenemos por supuesto el derecho de cuestionar estas realidades, de someterlas al examen de la razón. Sin embargo, todas las religiones existentes en el mundo reivindican este peculiar poder de la mente humana, de trascender los límites de los sentidos y de la razón; y lo presentan como una declaración de hecho.

Además de la consideración de la pregunta de hasta qué punto estas realidades reivindicadas por las religiones son ciertas, encontramos una característica común a todas ellas. Se trata de abstracciones en contraposición a los descubrimientos concretos, por ejemplo de la física; y además, todas las religiones altamente organizadas adoptan la forma más pura de unidad abstracta, ya sea en forma de presencia abstracta, de ser omnipresente, de personalidad abstracta omnipresente llamada Dios, de ley moral o de esencia abstracta subyacente a toda existencia. También en tiempos modernos, los intentos de predicar religiones sin apelar al estado ultrasensible de la mente tuvieron que remontarse a las viejas abstracciones de los antiguos y otorgarles nombres diferentes como ley moral, la unidad ideal etc., demostrando por lo tanto que estas abstracciones no residen en los sentidos. Ninguno de nosotros ha visto aún un *Ser Humano Ideal*, y aún se nos insta a creer en él. Ninguno de nosotros ha visto aún un hombre idealmente perfecto, y aún no podemos progresar sin ese ideal. Por lo tanto, entre todas estas diferentes religiones destaca la existencia de una unidad ideal de abstracción, que se nos presenta ya en forma de persona, de ser impersonal, de ley, de presencia, o de esencia. Siempre luchamos por elevarnos hacia ese ideal. Todo ser humano, sea quien sea, se encuentre donde se encuentre, tiene un ideal

de poder infinito. Todo ser humano tiene un ideal de placer infinito. La mayoría de los trabajos que encontramos a nuestro alrededor, la mayoría de las actividades desarrolladas en cualquier parte se deben a la lucha por este poder o por este placer infinitos. Sin embargo, unos pocos se percatan rápidamente de que si bien luchan por el poder infinito, este no se puede alcanzar a través de los sentidos. Descubren muy pronto que el placer infinito no puede ser alcanzado a través de los sentidos o, en otras palabras, que los sentidos están demasiado limitados, y que el cuerpo está demasiado limitado para expresar lo infinito. Manifestar lo infinito a través de lo finito es imposible, y tarde o temprano el hombre aprende a desistir en el intento. Este abandono, esta renuncia al intento, constituye el trasfondo de la ética. La renuncia es el mismísimo fundamento sobre el que la ética reposa. Nunca se predicó un código ético que no tuviese la renuncia como principio.

La ética siempre dice: *No yo, sino tú*. Su lema es *No yo, sino el otro*. Las leyes de la ética afirman que las ideas estériles de individualismo, a las que el hombre se aferra al intentar encontrar ese poder o ese placer infinitos a través de los sentidos, han de dejarse a un lado. Uno tiene que colocarse a sí mismo en último lugar, y a los otros por delante. Los sentidos dicen: *Yo primero*. La ética dice: *Debo mantenerme el último*. Por lo tanto, todo código ético se basa en esta renuncia; destrucción, no construcción, del individuo en la esfera material. Nunca podrá expresarse ese infinito sobre la esfera material; pues no es posible ni imaginable.

Por lo tanto, el hombre ha de abandonar la esfera de lo material y elevarse hacia otras esferas a la búsqueda de expresiones más profundas de ese infinito. De esta manera se modelan las diversas leyes éticas, pero todas comparten la idea central de abnegación eterna. La completa autoaniquilación es el ideal de la ética. La gente se sorprende cuando se les pide que renuncien a su individualidad. Parecen aterrados ante la idea de perder lo que llaman individualidad. Al mismo tiempo, estas mismas personas se declararían a favor de los ideales mayores de la ética, sin reparar en ningún momento en que, el objetivo, la meta, la idea de toda ética es la destrucción y no la construcción del individuo.

Se ha dicho que prestar demasiada atención a los asuntos espirituales

perturba nuestras relaciones prácticas en este mundo. Desde los tiempos del sabio chino Confucio se decía: *Ocupémonos de este mundo, y cuando hayamos acabado con él, ocupémonos del otro mundo*. Es muy positivo que nos ocupemos de este mundo; pero si bien demasiada atención a los asuntos espirituales puede afectar en algo nuestras relaciones prácticas, demasiada atención a lo que se conoce como práctico nos perjudica ahora y en lo sucesivo. Nos hace materialistas. El hombre no ha de tener como meta la naturaleza, sino algo más allá de la misma.

El hombre es hombre mientras luche por elevarse por encima de la naturaleza, siendo esta naturaleza tanto interna como externa. Esta abarca no solo las leyes que gobiernan las partículas de lo material dentro y fuera de nuestro cuerpo, sino también la sutil naturaleza que ello entraña, que es, de hecho, el poder motor que gobierna lo externo. Es grandioso conquistar la naturaleza externa, pero más grandioso es aún conquistar nuestra naturaleza interna. Es grandioso conocer las leyes que gobiernan las estrellas y los planetas; pero es infinitamente más grandioso conocer las leyes que gobiernan las pasiones, los sentimientos, la voluntad de la humanidad. Esta conquista del hombre interior, entender los secretos de los sutiles mecanismos que se producen en el interior de la mente humana y conocer sus maravillosos secretos, corresponde exclusivamente a la religión. La naturaleza humana (me refiero a la naturaleza ordinaria), desea constatar grandes hechos materiales. El hombre ordinario no puede comprender lo sutil. Se ha dicho con razón que las masas admiran al león que mata a mil corderos, sin reparar en ningún momento en que esto significa la muerte para los corderos, si bien es un triunfo momentáneo del león; pues solo encuentran placer en las manifestaciones de fuerza física. Por lo tanto, así ocurre con el género ordinario de la humanidad. Estos hombres entienden y perciben placer en todo lo externo. Sin embargo, existe en toda sociedad un sector cuyos placeres no residen en los sentidos, sino más allá, y que a menudo atisban algo por encima de lo material y luchan por alcanzarlo. Si leemos entre líneas la historia de las naciones, nos percataremos siempre de que el surgimiento de una nación está ligado a un incremento en el número de hombres de este tipo; y su caída comienza cuando la búsqueda de

lo infinito, por vana que la consideren los utilitaristas, ha cesado. Esto ilustra que el motivo principal de la fuerza de toda raza reside en su espiritualidad, y la muerte de tal raza comienza en el momento en el que la espiritualidad se desvanece y el materialismo gana terreno.

Por lo tanto, aparte de las sólidas realidades y verdades que podemos aprender de la religión, aparte del consuelo que podemos obtener de ella, la religión como ciencia, como estudio, es el más sano y grandioso ejercicio de la mente humana. Esta búsqueda de lo infinito, esta lucha por alcanzarlo, este esfuerzo por ir más allá de las limitaciones de los sentidos, más allá de lo material, por así decirlo, y de evolucionar en hombre espiritual, esta lucha constante por hacer de lo infinitito y de nuestro propio ser uno solo, esta batalla es, en sí misma, la más grandiosa y gloriosa que el hombre puede librar. Algunas personas encuentran el placer máximo en la comida. No tenemos derecho a decir que esto no deba ser así. Otras encuentran el mayor placer en la posesión de ciertos objetos. No tenemos derecho a decir que esto no deba ser así; pero tampoco ellos tienen derecho a decir *no* al hombre que encuentra el mayor placer en el pensamiento espiritual. A menor organización, mayor placer se encuentra en los sentidos. Muy pocos hombres pueden comer con el mismo deleite que un perro o un lobo. No obstante los placeres experimentados por el perro y el lobo se han esfumado, por así decirlo, con los sentidos. El último escalafón del género humano de todas las naciones encuentra el placer en los sentidos, mientras que las personas cultas y formadas lo encuentran en el pensamiento, en la filosofía, en el arte y en la ciencia. La espiritualidad se sitúa en una esfera aún más elevada. Al ser el sujeto infinito, esta esfera está por encima de todas, y el placer ahí, es máximo para todos aquellos capaces de apreciarlo. En consecuencia, incluso en terreno utilitarista, donde el hombre ha de buscar el placer, debe cultivar el pensamiento religioso, puesto que se trata del mayor placer existente. Por lo tanto, reivindico la religión, en calidad de estudio, como absolutamente necesaria.

Podemos constatarlo en sus efectos. Se trata del mayor poder motor de la mente humana. Ningún otro ideal puede generar en nuestro interior semejante masa de energía como genera lo espiritual. Es obvio para

todos nosotros que este ha sido el caso a lo largo de toda la historia de la humanidad, y que sus poderes no están muertos. No niego que los hombres, ciñéndose exclusivamente a fundamentos utilitaristas, puedan ser muy buenos y morales. En este mundo ha habido muchos grandes hombres completamente sanos, buenos y morales que se han basado en meros fundamentos utilitarios; pero los hombres que impulsan el cambio en el mundo, los que traen, por así decirlo, una masa de magnetismo consigo, cuyos espíritus calan en otros cientos y miles, cuyas vidas prenden otras con el fuego espiritual, resultan siempre contar con un trasfondo espiritual. Su fuerza motora provenía de la religión. La religión es la mayor fuerza motora para comprender que la energía infinita es el derecho de nacimiento y la naturaleza de todo ser humano. Desarrollando la actitud de permitir todo lo que es bueno y grandioso, trayendo la paz a los demás y a uno mismo, la religión es la mayor fuerza motora y, por lo tanto, debe estudiarse desde esta perspectiva. Se debe estudiar la religión desde una perspectiva más amplia que anteriormente. Toda idea sesgada y combativa de la religión debe eliminarse. Toda idea sectaria, tribal o nacional de la religión debe abandonarse. El hecho de que cada tribu o nación tenga un dios particular y crea que todos los demás están equivocados es una superstición que ha de pertenecer al pasado. Todas estas ideas deben dejarse a un lado.

A medida que la mente humana se abre, se abren también sus actitudes espirituales. Ha llegado un momento en que un hombre no puede registrar un pensamiento sin que este alcance las cuatro esquinas del planeta; por meros medios físicos, hemos entrado en contacto con el mundo entero, por lo que las futuras religiones del mundo han de ser universales.

Los ideales religiosos del futuro deben abarcar todo aquello bueno y grandioso existente en el mundo, y, al mismo tiempo, contar con un objetivo infinito consistente en el desarrollo futuro. Deben preservarse todas las cosas buenas del pasado; al tiempo que la puerta debe permanecer abierta a futuras aportaciones al bagaje existente hasta el momento. Las religiones también deben ser inclusivas y no mirar con desprecio a las demás por el hecho de que sus ideas de Dios sean diferentes. A lo largo

de mi vida he visto a muchos hombres espirituales, a muchos hombres razonables que no creían en absoluto en Dios, al menos tal y como entendemos este concepto. Tal vez, estas personas entendieron mejor el concepto de Dios de lo que nosotros jamás podríamos hacerlo. La idea personal de Dios, o de impersonal, de lo infinito, de la ley moral o del hombre ideal han de reunirse bajo la definición de religión. Así cuando las religiones se hayan abierto de esta forma, su poder para hacer el bien se habrá multiplicado por cien. Las religiones, que contienen un enorme poder en sí, han hecho a menudo más daño que bien al mundo, solo por culpa de sus estrecheces y limitaciones.

Incluso en nuestros tiempos hay sectas y organizaciones que, prácticamente con las mismas ideas, se enfrentan mutuamente por no querer exponer tales ideas exactamente de la misma forma que la otra. Por lo tanto, las religiones han de evolucionar hacia el aperturismo. Las ideas religiosas deberán llegar a ser universales, vastas e infinitas; y solo entonces jugarán un papel pleno, puesto que su poder tan solo ha comenzado a manifestarse en el mundo. Se dice a veces que las religiones, las ideas espirituales se están extinguiendo del mundo. Yo creo que tan solo han comenzado a desarrollarse. El poder de la religión, ampliado y purificado, impregnará cada aspecto de la vida humana. Mientras que la religión estuvo en manos de unos pocos elegidos o de un grupo de sacerdotes, estuvo en templos, iglesias, libros, dogmas, ceremonias, formas, rituales; pero cuando alcancemos el concepto real, espiritual y universal, entonces y solo entonces, la religión será real y viva, llegará a nuestra misma naturaleza, vivirá en nuestros propios movimientos, penetrará cada poro de la sociedad, y constituirá infinitamente más una herramienta para el bien de lo que jamás ha constituido.

Lo que se necesita es un sentimiento de fraternidad entre diferentes religiones, dado que todas ellas se mantienen o bien, caen juntas; un sentimiento de fraternidad que nazca de la estima y el respeto mutuos y no de la expresión de buena voluntad, condescendiente, paternalista y mezquina, por desgracia, tan de moda en nuestros tiempos. Y por encima de todo, esto es necesario entre los tipos de expresiones religiosas que provienen del estudio de los fenómenos mentales, y que por des-

gracia, incluso ahora reivindican exclusivamente para sí el nombre de religión, y entre aquellas expresiones de la religión cuyas cabezas, por así decirlo, penetran más en los secretos del cielo, si bien sus pies se aferran a la Tierra. Me refiero a las conocidas como ciencias materiales.

Para lograr esta armonía ambas partes tendrán que hacer concesiones, a veces significativas, incluso dolorosas, pero cada una de ellas se encontrará más dispuesta al sacrificio y más próximo a la verdad. Al final, el conocimiento encerrado en el dominio del tiempo y del espacio se reunirá y se convertirá en uno, solo con aquello que está más allá de ambos, donde la mente y los sentidos no pueden llegar: lo absoluto, lo infinito, lo único sin un segundo.

Los estándares utilitaristas no pueden explicar las relaciones éticas entre hombres puesto que, en primer lugar, no podemos derivar ley ética alguna a partir de consideraciones utilitaristas. Sin la denominada sanción sobrenatural, o sin la percepción del superconsciente, como yo prefiero denominarlo, no hay ética posible. Sin la lucha hacia lo infinito no hay ideal posible. Todo sistema que pretenda atar al hombre a las limitaciones de su propia sociedad es incapaz de explicar las leyes éticas de la humanidad. Los utilitaristas quieren que abandonemos la lucha hacia lo infinito, hacia lo ultrasensible, pues lo consideran impracticable y absurdo y, en el mismo contexto, nos piden actuar de manera ética y hacer el bien en la sociedad. ¿Por qué deberíamos hacer el bien? Hacer el bien es una consideración secundaria. Debemos tener un ideal. La ética en sí misma no es el final, sino el camino hacia el final. Si no supone el final, ¿por qué deberíamos actuar de manera ética?, ¿por qué deberíamos hacer el bien a otros hombres y no hacerles daño? Si la felicidad es la meta de la humanidad, ¿por qué no debería preocuparme por mi propia felicidad y hacer infelices a los demás?, ¿qué me lo impide? En segundo lugar, los fundamentos de la utilidad son demasiado limitados. Todos los métodos y formas sociales actuales se derivan de la sociedad tal y como esta existe, pero, ¿qué derecho tiene el utilitarismo a dar por hecho que la sociedad es eterna? La sociedad no existía años atrás; probablemente tampoco existirá en el futuro. Lo más probable es que esta sea una de las etapas de transición a través de las cual evolucionamos, y ninguna

ley que se derive exclusivamente de la sociedad puede ser eterna, no puede abarcar todo el terreno de la naturaleza humana. Por lo tanto, como mucho, las teorías utilitaristas pueden funcionar solo bajo condiciones sociales actuales. Más allá, carecen de valor. Por el contrario, un código moral y ético derivado de la religión y de la espiritualidad contempla la totalidad del hombre infinito como objetivo. Trata al individuo, pero sus relaciones alcanzan lo infinito, y también se ocupa de la sociedad, porque la sociedad no es sino un gran número de tales individuos agrupados; y como se aplica al individuo y a sus eternas relaciones, ha de aplicarse necesariamente al conjunto de la sociedad, en cualquier condición y en cualquier momento. Así, comprobamos que siempre existe la necesidad de la religión espiritual para la humanidad. El hombre no puede pensar siempre en lo material, por muy placentero que sea.

Capítulo II

La Auténtica Naturaleza del Ser Humano

(Entregado en Londres)

El ser humano se aferra con prodigiosa tenacidad a los sentidos. No obstante, por sustancial que considere el mundo externo en el que vive y se mueve, llega un momento en la vida de todo individuo y raza en el que se pregunta: «¿Es esto real?». Incluso para quien jamás se cuestiona las credenciales de sus sentidos, que se entrega en todo momento a algún tipo de placer procurado por estos, la muerte llega, y también a él le compete preguntarse: «¿Es esto real?». La religión comienza con esta pregunta y termina con su respuesta. Incluso en el pasado remoto —del que no hay historia registrada que nos pueda ayudar—, en la misteriosa luz de la mitología, en los profundos albores de la civilización, se formulaba la misma pregunta: «¿Qué sucederá con esto? ¿Qué es real?».

Uno de los más poéticos Upanishads, el Katha Upanishad, comienza así: «Cuando un individuo muere, se abre un debate. Algunos afirman que se ha marchado para siempre; otros insisten en que continúa viviendo. ¿Quién está en lo cierto?». Se han dado varias respuestas. Todo el respectivo ámbito de la Metafísica, la Filosofía y la religión se halla repletos de respuestas a esta pregunta. Al mismo tiempo, se ha intentado eliminarla, acabar con la inquietud de la mente que se pregunta: «¿Qué hay más allá? ¿Qué es real?». Sin embargo, mientras la muerte aceche, todos estos intentos serán en vano. Puede que se hable de no ver nada más allá y de mantener nuestras esperanzas y aspiraciones limitadas al momento presente, así como de esforzarse por no pensar en nada más allá del mundo de los sentidos; y tal vez todo a nuestro alrededor contribuya a que nos mantengamos en sus estrechos límites. Puede que el mundo entero se alíe para impedir que vayamos más allá del presente. Sin embargo, mientras la muerte aceche, la pregunta ha de repetirse

una y otra vez: ¿es la muerte el final de todo esto a lo que nos aferramos como si fuera la más real de las realidades, la más sustancial de las sustancias? El mundo se desvanece, se esfuma en un instante. Al borde del precipicio tras el cual se encuentra el abismo profundo, infinito, toda mente, por obstinada que sea, está destinada a recular y a preguntarse: «¿Es esto real?». Las esperanzas de toda una vida, construidas poco a poco con todas las energías de una gran mente, se desvanecen en un segundo. ¿Son reales? Se ha de hallar respuesta a esta pregunta. El tiempo nunca merma su poder; al contrario, lo alimenta.

Y después está el deseo de ser feliz. Perseguimos todo cuanto nos permita alcanzar la felicidad, proseguimos nuestra frenética carrera en el mundo externo de los sentidos. Si se pregunta al hombre joven de éxito, afirmará que esto es real, y lo creerá de veras. Quizá cuando este mismo hombre envejezca y se encuentre con que la fortuna siempre lo elude, afirmará que se trata del destino. Al final se encuentra con que sus deseos no pueden ser satisfechos. Vaya donde vaya, se encuentra con un muro infranqueable. Toda actividad sensorial conlleva una reacción. Todo es evanescente: el goce, el sufrimiento, el lujo, la riqueza, el poder, la pobreza e incluso la vida misma; todos se desvanecen.

A la humanidad le quedan dos posturas que adoptar: una es creer, como los nihilistas, que todo es nada, que lo ignoramos todo; que jamás podremos saber nada sobre el futuro, sobre el pasado, ni siquiera sobre el presente. Sin embargo, hemos de recordar que quien niega el pasado y el futuro pero quiere aferrarse al presente es un loco. Sería igual de lógico que negar la existencia del padre y de la madre y reconocer la existencia del hijo. Para negar el pasado y el futuro, también ha de negarse inevitablemente el presente. He aquí la postura de los nihilistas. Jamás he conocido hombre alguno que pudiese ser un auténtico nihilista durante tan solo un minuto. Hablar es muy fácil.

Luego, esta la otra postura, la de buscar una explicación, buscar lo real, descubrir en medio de este mundo eternamente cambiante y evanescente lo que es real. ¿Hay algo real en este cuerpo consistente en un conjunto de moléculas de materia? Esta ha sido la cuestión a lo largo de la historia de la mente humana. En los tiempos más remotos encon-

tramos a menudo atisbos de luz que llegan a la mente humana. Vemos que los hombres, incluso por entonces, indagaban más allá de su cuerpo, dando con algo que no es su cuerpo externo, aunque fuese muy parecido; es algo mucho más completo, mucho más perfecto, que perdura incluso cuando este cuerpo ha muerto. En los himnos del Rig Veda leemos lo siguiente, dirigido al dios del fuego, que devora un cadáver: «Transportalo, oh fuego, suavemente en tus brazos; otórgale un cuerpo perfecto, brillante; transportalo donde moran los antepasados, donde no hay más dolor, donde no hay más muerte». Encontramos la misma idea en toda religión, y con ella, otra idea más: es un hecho significativo que todas las religiones, sin excepción, sostengan que el ser humano es la degeneración de lo que una vez fue, ya lo adornen con palabras mitológicas, ya lo formulen en los términos claros de la Filosofía o en las bellas expresiones de la poesía. Este es el hecho que se desprende de todas las escrituras y mitologías: que el ser humano que existe es una degeneración de lo que una vez fue. Este es el núcleo de la verdad en la historia de la caída de Adán en las escrituras hebreas. Esto se repite una y otra vez en las escrituras de los hindúes: el sueño de un periodo que denominaban la Edad de la Verdad, en la que el individuo no moría a menos que así lo deseara, en la que este podía conservar el cuerpo tanto tiempo como quisiera y su mente era pura y fuerte; no había maldad ni miseria, y la época actual es una corrupción de tal estado de perfección. Paralelamente, la historia del diluvio aparece en todas partes. Esta historia en sí constituye la prueba de que toda religión sostiene que la época presente es una corrupción de una época pasada. Continuó corrompiéndose cada vez más hasta que el diluvio exterminó a buena parte de la humanidad, y la serie ascendiente comenzó de nuevo, y asciende de nuevo lentamente para alcanzar aquel estado primitivo de pureza. Todos conocéis la historia del diluvio en el Antiguo Testamento, historia a la vez común entre los antiguos babilonios, egipcios, chinos e hindúes. Manu, un gran sabio antiguo, estaba rezando a orillas del Ganges cuando un pececillo acudió para pedirle protección. Lo colocó en un tarro con agua que tenía ante sí y le preguntó: «¿Qué quieres?». El pececillo afirmó ser perseguido por un pez más grande, y le pidió protección.



Gracias por leer este avance del libro. Esperamos sinceramente que lo hayan disfrutado:

<https://www.discoverypublisher.com/es/>



Discovery
Publisher

Ediciones **Discovery** es una editorial multimedia cuya misión es inspirar y apoyar la transformación personal, el crecimiento espiritual y el despertar. Con cada título, nos esforzamos en preservar la sabiduría esencial del autor, del instructor espiritual, del pensador, del sanador y del artista visionario.

JNANA YOGA

EL CAMINO DEL CONOCIMIENTO

El Jnana Yoga es el yoga del conocimiento, no en el sentido intelectual, sino el conocimiento de Brahmán y la realización de su unidad. Donde el devoto de Dios sigue los impulsos del corazón, el *jnani* utiliza los poderes de la mente para distinguir entre lo real y lo irreal, entre lo permanente y lo transitorio.

Los *jnani*, los seguidores la Vedanta advaita, o no dualista, también se pueden llamar monistas porque afirman la realidad única de Brahmán. Por supuesto, todos los seguidores de la Vedanta son monistas: todos afirman la única realidad de Brahmán. La distinción se basa en la práctica espiritual: mientras que todos los seguidores de la Vedanta son filosóficamente monistas, quienes son devotos de Dios prefieren, en la práctica, pensar en Dios como algo distinto de ellos mismos, con el fin de disfrutar de la dulzura de una relación. Los *jnani*, por el contrario, saben que toda dualidad es ignorancia.

No hay necesidad de buscar la divinidad en nuestro exterior: nosotros mismos ya somos divinos. ¿Qué es lo que nos impide conocer nuestra verdadera naturaleza y la naturaleza del mundo que nos rodea? El velo de Maya. El Jnana Yoga es el proceso de arrancar ese velo, desgarrándolo mediante un doble enfoque.



ISBN 978-1-5308-1838-9



9 781530 818389